

CIEN AÑOS DE ¡QUE INVENTEN ELLOS!

UNA APROXIMACIÓN A LA VISIÓN UNAMUNIANA DE LA CIENCIA Y LA TÉCNICA

ONE HUNDRED YEARS OF "LET'S THEM TO INVENT".

AN APPROACH TO THE UNAMUNIAN VISION OF SCIENCE AND TECHNIQUE

Josep Eladi Baños

El autor parte de la tecnofobia y la animadversión hacia el cientificismo que muestra el insigne escritor español de origen vasco, Miguel de Unamuno, a lo largo de su obra. Se analizan los motivos de esta desconfianza en la ciencia y en el progreso que, lejos de aparecer de repente, son el producto de una evolución en el pensamiento de Unamuno a partir de un momento crucial que se irá acentuado con los años.

The author takes technophobia and animosity toward science shown by our illustrious Spanish author of Basque origin, Manuel de Unamuno, throughout his work. The author examines the reasons for this mistrust of science and of progress which, far from appearing suddenly, is the result of an evolution in the thinking of Unamuno from a crucial moment and that would grow over the years.

Pocos escritores españoles modernos han tenido la influencia y resonancia del vasco Miguel de Unamuno (1865-1937). Su obra literaria es amplia y diversa e incluye poesía, novela, teatro y ensayo. Para la mayoría de las personas, sin embargo, es conocido especialmente por dos citas muy precisas. La primera, atribuida, hace referencia a la respuesta que dio a Millán Astray en un famoso acto celebrado en 1936 en la Universidad de Salamanca: «Venceréis, porque tenéis la fuerza bruta. Pero no convenceréis porque para convencer tenéis que persuadir, y para persuadir necesitáis lo que os falta, la razón y el derecho en la lucha». ¹ El dramatismo de la situación en que fue pronunciada desacredita a cualquiera que la utilice como eslogan interesado, como ha ocurrido recientemente. Más conocida aún es la que hace referencia al escepticismo delante de

la ciencia: «¡Que inventen ellos!». Pese a su profuso empleo, poco se ha escrito sobre su origen y, en general, se desconocen las circunstancias en que apareció.

En primer lugar, debe establecerse que Unamuno nunca la pronunció. En realidad, aparece en su ensayo *El pórtico del templo* publicado en julio de 1906 aunque formulada de forma ligeramente distinta. Forma parte de un diálogo entre Sabino y Román, en los que se ha pretendido reconocer la figura de la razón científica y del deseo de la fe religiosa del propio autor, respectivamente. La primera parte del texto original es la siguiente:²

ROMÁN.- ¿Qué nada hemos inventado? Y eso, ¿qué le hace? Así nos hemos ahorrado el esfuerzo y ahínco de tener que inventar, y nos queda más lozano y más fresco el espíritu...

SABINO.- Al contrario. Es el constante esfuerzo lo

que nos mantiene la lozanía y la frescura espirituales. Se ablanda, languidece y desmirría el ingenio que no se emplea...

ROMÁN.- ¿Qué no se emplea en inventar esas cosas?

SABINO.- U otras cualesquiera...

ROMÁN.- Ah! ¿Y quién te dice que no hemos inventado otras cosas?

SABINO.- ¡Cosas inútiles!

ROMÁN.- Y ¿quién es juez de su utilidad? Desengáñate: cuando no nos ponemos a inventar cosas de esas, es que no sentimos la necesidad de ellas.

SABINO.- Pero así que otros las inventan, las tomamos de ellos, nos las apropiamos y de ellas nos servimos: ¡eso sí!

ROMÁN.- *Inventen, pues, ellos* y nosotros nos aprovecharemos de sus invenciones. Pues confío y espero en que estarás convencido, como yo... la luz eléctrica alumbra aquí tan bien como allí donde se inventó.

SABINO.- Acaso mejor.

ROMÁN.- No me atrevía a decir yo tanto...

SABINO.- Pero ellos, ejercitando su inventiva en inventar cosas tales, se ponen en disposición y facultad de seguir inventando, mientras nosotros...

ROMÁN.- Mientras nosotros ahorramos nuestro esfuerzo.

SABINO.- ¿Para qué?

ROMÁN.- Para ir viviendo, y no es poco.

Este diálogo muestra la indiferencia de Unamuno en el interés de las invenciones y, por extensión, en los cambios tecnológicos que empezaban a vislumbrarse. No es la única ocasión en que el autor vasco muestra su rechazo delante de la nueva situación. Lo hace en otras obras, como la novela *Amor y pedagogía* (1902) y, especialmente, en un relato de ciencia ficción titulado *Mecanópolis* (1913). En éste, el protagonista llega por accidente a una ciudad donde no existen humanos y todo es gobernado por las máquinas. El horror que le despierta esta situación le lleva a concluir:³

«Y desde entonces he concebido un verdadero odio a eso que llamamos progreso, y hasta a la cultura, y ando buscando un rincón donde encuentre un

«De lo que verdaderamente se burla Unamuno es de los científicos y pedagogos (...) que luchan por clasificar lo inclasificable, que creen captar el secreto de la vida, alejándose cada vez más de ella.»

Julia Barella

semejante, un hombre como yo, que llore y ría como yo río y lloro, y donde no haya una sola máquina y fluyan los días con la dulce mansedumbre cristalina de un arroyo perdido en el bosque virgen.»

¿A qué se debe esta repulsión frente a la técnica? Para algunos autores,⁴ sería la consecuencia de su concepción de la religiosidad, lo que daría lugar a oposición y rechazo a todo lo que significara progreso material. Unamuno llegó a escribir a uno de sus contemporáneos:⁵

«Yo no le oculto que hago votos por la derrota de la técnica y hasta de la ciencia, de todo ideal que se contraiga al enriquecimiento, la prosperidad terrenal y el engrandecimiento territorial y mercantil.»

El pensamiento de Unamuno a este respecto era compartido por otros intelectuales de la época como Ganivet, Azorín o Maeztu.⁵ El primero, por ejemplo, rechazaba por materialistas casi todas las grandes corrientes del siglo XIX e incluía en ellas, como en un *totum revolutum*, «el nacionalismo centralizador e imperialista, el socialismo deshumanizante, la democracia, el liberalismo, el progresismo, el cientifismo, la industrialización y la enseñanza general obligatoria».⁶

Estas opiniones de Unamuno sobre ciencia, técni-

ca y progreso no han sido ampliamente estudiadas, aunque son muy elogiadas los análisis realizados por París y Maravall,^{7,8} junto a la breve introducción de Julia Barella que precede una de las ediciones modernas de la citada *Amor y pedagogía*.⁹ Esta obra tiene especial interés porque es quizá la primera ocasión en que Unamuno arremete por escrito contra la ciencia. En el prólogo de la primera edición el autor escribía:

«A muchos parecerá esta novela un ataque, no a las ridiculeces a que lleva la ciencia mal entendida y la manía pedagógica sacada de su justo punto, sino un ataque a la ciencia y a la pedagogía mismas y preciso es confesar que si no ha sido tal la intención del autor –pues nos resistimos a creerlo en un hombre de ciencia y pedagogo–, nada ha hecho por lo menos, para mostrárnoslo.»¹⁰

Parece que en tales afirmaciones Unamuno quisiera separar los excesos del razonamiento científico de la propia ciencia. En palabras de Barella,⁹ «de lo que verdaderamente se burla Unamuno es de los científicos y pedagogos separados de la vida, que luchan por clasificar lo inclasificable, que creen captar con sus métodos y fórmulas el secreto de la vida, alejándose cada vez más de ella. Para Unamuno, la verdad es la experiencia más

Josep Eladi Baños



Es doctor en Medicina por la Universitat Autònoma de Barcelona (1988) y especialista en Farmacología clínica (Hospital Clínic de Barcelona, 1986). Desde el 2002 ejerce de profesor en la Universidad Pompeu Fabra en el Departamento de Ciencias Experimentales y de la Salud (CEXS) donde también es coordinador del Master de Biofarmacología y Vicerrector de Docencia y Ordenación Académica. Es coautor de diversas obras de tema humanístico e historicomédico, como *Paremiología algesiología* (2000), *Eponímia mèdica catalana* (2002) e *Historia de la terapèutica analgèsica* (2006).

josepeladi.banos@upf.edu

que conocimiento, vida más que acumulación de datos y saberes enciclopédicos». ¿De dónde deriva esta desconfianza hacia la ciencia y la denuncia de los excesos que se derivan de ella?

Una primera aproximación nos lleva a los orígenes de la educación del autor y de su generación, basada en la idea de que la vida es un concepto superior a la razón y de que el sentimiento es superior a la lógica.⁹ Según Laín,¹¹ «Unamuno pasó en su mocedad de un cientifismo progresista y spenceriano al invariable y bien conocido irracionalismo de su vida restante». El momento de inflexión en este cambio de pensamiento parece relacionado con la crisis religiosa que sufrió el autor entre 1896 y 1897 que destruyó su creencia en encontrar una explicación racional de Dios y del significado de la vida, así como en comprender la muerte y la inmortalidad.⁹ En consecuencia, Unamuno abandonó toda pretensión de racionalismo y prefirió creer, ya que la razón sólo causaba desesperanza. Es, pues, tras esta crisis cuando aparece su desconfianza en la ciencia y en el progreso, y que se irá perfilando en los años siguientes.

Inicialmente, sólo abominó de los defensores a ultranza del racionalismo, que el filósofo ejemplificaba en los positivistas seguidores de Auguste Comte y en los defensores de las ideas pedagógicas de Herbert Spencer. En realidad, «Unamuno aprende a desconfiar del progreso científico cuando se da cuenta que éste no va acompañado de un progreso espiritual... Para el Unamuno de principios de siglo, las clasificaciones y la excesiva racionalización sólo sirven para desplazar el hombre de la vida, para limitarle y cortar su libertad con rígidas fórmulas. A lo largo de la novela, vemos, una y otra vez, cómo se burla de las teorías pedagógicas de Spencer y del positivismo de Comte».⁹ Parecería en principio que Unamuno sólo denunciaba los abusos del racionalismo y así podía ser en la obra citada, pero poco tiempo después su opinión se encontraba mucho más generalizada. En su ensayo *Cientificismo*,¹² señalaba:

«Es el cientificismo (*fe ciega en la ciencia*) una enfermedad de que no están libres ni aún los hombres de verdadera ciencia, sobre todo si ésta es muy especializada, pero que hace presa en la mesocracia intelectual, en la clase media de la cultura, en la

burguesía del intelectualismo. Es muy frecuente en médicos e ingenieros, desprovistos de toda cultura filosófica. Y admite muchas formas, desde el culto a la locomotora o al telégrafo hasta el culto a la astronomía flammariolesca. Los felices mortales que viven bajo el encanto de esa enfermedad no conocen ni la duda ni la desesperación. Son tan bienaventurados como los librepensadores profesionales.»

Y remachaba más adelante:¹²

«...cuando estas personas, digo, caen de su burro y pierden su fe irracional en esa ciencia que o no conocen sino a medias o no conocen del todo, entonces se vuelven en los más acérrimos desdeñadores de la verdadera y legítima ciencia.»

Para París, parte de la explicación de las diatribas unamunianas subyacía en el rechazo que el filósofo siente por el materialismo, que considera una de las derivas del racionalismo mal entendido, y por tanto de la ciencia, un exceso que es rechazable en el contexto de su doctrina filosófica. Lo dejó claro en el *Del sentimiento trágico de la vida* (1912):¹³

«El racionalismo, y por este entiendo la doctrina que no se atiene sino a la razón, a la verdad objetiva, es forzosamente materialista. Y no se me escandalicen los idealistas.»

Y aunque reconocía el valor del pensamiento racionalista, no dudaba en desacreditarlo de nuevo cuando lo enfrentaba a los temas teológicos:¹³

«El racionalista se conduce racionalmente, esto es, está en su papel mientras se limita a negar que la razón satisfaga a nuestra hambre vital de inmortalidad; pero pronto, poseído de la rabia de no poder creer, cae en la irritación del *odium anti-theologicum*.»

Poco más adelante insistía en diferenciar a los racionalistas extremos de los científicos al escribir:¹⁴

«El odio antiteológico, la rabia científicista —no

«Unamuno pasó de “una fase en la que estima que el progreso técnico llevará al progreso social” a una segunda fase en la que estima que el progreso social ha de alcanzarse conforme a las condiciones de la tradición viva.»

digo científica— contra la fe en otra vida, es evidente. Tomad no a los más serenos investigadores científicos, los que saben dudar, sino a los fanáticos del racionalismo, y ver con qué grosera brutalidad hablan de la fe.»

Este insistente ataque al racionalismo y al positivismo, como expresiones del pensamiento científico a principios del siglo XX, no deben ser interpretadas exclusivamente en clave de oposición radical. París⁷ consideró que en Unamuno, «la aceptación racional del materialismo desemboca en sublevación irracional contra éste. Protesta forzosamente reclusa ya en un alcance sentimental, que le confiere su peculiar sentido angustioso. Aquí se desenvuelve toda la diatriba unamuniana contra la ciencia positiva y las sistemáticas montadas sobre ella». Hasta aquí podríamos considerar que la aversión del filósofo se centraba de forma exclusiva en el positivismo y el racionalismo consecuente, pero tal rechazo también se extendió finalmente a la ciencia. Aunque Unamuno no insistió tanto en ello, hay muestras explícitas en su obra:¹⁵

«Cuando yo era algo así como spenceriano me creía enamorado de la ciencia; pero después he descubierto que fue un error (...) No, nunca estuve enamorado de la ciencia, siempre busqué algo detrás de ella. Y cuando, tratando de romper su fatídico relativismo, llegué al *ignorabimus*, comprendí que siempre me había disgustado la ciencia.»

En su ensayo sobre las relaciones de Unamuno y la ciencia, París⁷ citó la correspondencia del filósofo con Jiménez Ilundain en la cual denostaba con profusión de la ciencia hasta afirmar:¹⁶

«Estudio ciencia positiva, sí, pero en gran parte la estudio, como Renan y Strauss estudiaban teología..., para combatirla.»

E incluso sentenciar:⁵

«Y yo no le oculto que hago votos por la derrota de la técnica y hasta de la ciencia...»

Areilza, un amigo de Unamuno, tenía su propia explicación sobre esta repetida animadversión por la ciencia:¹⁵ «Ha consumido la vida en conocer ciencia positiva, que es fría e inexorable; y como no le ha proporcionado gloria ni tranquilidad de espíritu, la odia a muerte; la odia tanto más cuanto la tiene dentro; es la espina dolorosa que mortifica su fe, pero de la cual no podrá desprenderse porque constituye el fondo de su gran saber y de su valía».

Es evidente que para Unamuno técnica y ciencia eran parte del concepto de progreso que él asumía y que constituyó una preocupación importante a lo largo de su obra. El porqué del rechazo fue analizado por Maravall quien llega a conclusiones personales para explicarlo y recuerda que: «Este Unamuno de quien se ha destacado –y luego veremos que con apoyo suficiente– su repugnancia hacia la idea de progreso, es uno de los escritores que en ciertos años de ejercer por escrito su reflexión intelectual, emplea un mayor número de veces la palabra «progreso» en una estimación positiva: figura del tiempo histórico y, como he dicho, sentido de la historia».⁹ El interés del filósofo por el progreso le vino en gran parte del pensamiento socialista que abrazó en los últimos años del siglo XIX y de las lecturas económicas que hizo en este tiempo. Fue un Unamuno defensor del progreso, no sólo espiritual sino también técnico y material en sus primeros ensayos. Poco tiempo después llegó la crisis ya citada, lo que supuso un cambio sustancial en su pensamiento. Así, en 1898 escribía:¹⁷

«¿Qué es un progreso que no nos lleva a que muera cada hombre más en paz y satisfecho de haber vivido? Suele ser el progreso una superstición más degradante y vil que cuantas a su nombre se combaten.»

Para Maravall, Unamuno pasó de «una fase en la que estima que el progreso técnico llevará al progreso social –etapa de su socialismo «científico», del que luego abomina– a una segunda fase en la que estima que el progreso social ha de alcanzarse conforme a las condiciones de la tradición viva, de la intrahistoria de un pueblo; de lo contrario, con una fórmula científica y universal, tan sólo se logrará anular a este pueblo».⁹ El relato



Mecanópolis,³ ya citado, supone la manifestación de este rechazo y el odio profundo a las máquinas que identificaba con la idea del progreso materialista que tanto rechazaba.

A vueltas con la famosa frase de la que celebramos centenario, no parece que fuera una sentencia inocente en el texto dialogado que se ha reproducido al principio del artículo. La aversión de Unamuno hacia ciencia y

técnica parecía más profunda que un simple rechazo a los excesos del racionalismo. Quizá, en el fondo, no fue más que una manifestación de sus contradicciones vitales y de su frustración a que el análisis racional no le permitiera comprender sus principales problemas de pensamiento que, probablemente, eran inalcanzables por la ciencia porque entraban en absoluta contradicción con la manera de operar de ésta.

Bibliografía

- 1 CASTAÑARES, W. y GONZÁLEZ QUIRÓS, J.L.: *Diccionario de citas*. Noésis, Madrid, 1993: 485.
- 2 UNAMUNO, M.: *Ensayos*. Vol. 2. Aguilar, Madrid, 1942-1951: 491-496.
- 3 UNAMUNO, M.: «Mecanópolis». En: Santiáñez-Tió N (ed.) *De la Luna a Mecanópolis. Antología de la ciencia ficción española (1832-1913)*. Sirmio-Quaderns Crema, Barcelona, 1995: 369-373.
- 4 SERRANO, J.A.: «Miguel de Unamuno: Obra filosófica y obra en prosa no narrativa». En: <http://jaserrano.com/unamuno/obra.html> consultado el 31 de marzo de 2006.
- 5 UNAMUNO, M.: «Cartas a P. Jiménez Ilundain, agosto de 1915», *Revista de la Universidad de Buenos Aires* 1949; XXV, abril-junio [citado por París].⁷
- 6 ORRINGER, N.R.: *Ganivet (1865-1898)*. Ediciones del Orto, Madrid, 1998.
- 7 PARÍS, C.: *El pensamiento de Unamuno y la ciencia positiva*. Arbor, 1952: 11-23.
- 8 MARAVALL, J.A.: «Las transformaciones de la idea de progreso en Unamuno», *Cuadernos Hispanoamericanos* 1987: 440-441.
- 9 BARELLA, J.: *Introducción. En Amor y pedagogía de Miguel de Unamuno*. Alianza Editorial, Madrid, 1989: 7-19.
- 10 UNAMUNO, M.: Prólogo a la primera edición de *Amor y pedagogía* (1902). Alianza Editorial, Madrid, 1989: 27-32.
- 11 LAÍN ENTRALGO, P.: *La generación del 98*. Espasa-Calpe, Madrid, 1945: 133.
- 12 UNAMUNO, M.: «Cientificismo». En: Unamuno, M. *Ensayos*. Vol. 2. Aguilar, Madrid, 1942-1951: 509-516.
- 13 UNAMUNO, M.: «Del sentimiento trágico de la vida». En: Unamuno, M. *Ensayos*. Vol. 2. Aguilar, Madrid, 1942-1951: 727-1022.
- 14 UNAMUNO, M.: «Sobre la europeización». En: Unamuno, M. *Ensayos*. Vol. 2. Aguilar, Madrid, 1942-1951: 903-922.
- 15 UNAMUNO, M.: «Cartas a P. Jiménez Ilundain. Carta XII». *Revista de la Universidad de Buenos Aires* 1949; XXV: enero-marzo. [citado por París].⁷
- 16 Este texto figura en una carta de éste a Jiménez Ilundain, reproducida en *Revista de la Universidad de Buenos Aires* 1949; XXV: enero-marzo, 138-139, nota. [citado por París].⁷
- 17 UNAMUNO, M.: «La vida es sueño». En: Unamuno, M. *Ensayos*. Vol. 1. Aguilar, Madrid, 1942-1951: 229-238.